

Texto e imagen, ¿matrimonio a la fuerza?

Las relaciones entre texto e imagen y entre escritor e ilustrador fue otro tema de debate importante durante el Simposio. El autor Juan Farias defendió la incompatibilidad entre esas dos formas de expresión que son la escritura y la imagen, mientras que Antonio Ventura, editor, se refirió a los álbumes ilustrados, destacando que las mejores obras en este ámbito se dan cuando autor e ilustrador son la misma persona. En las discusiones posteriores se analizó a fondo la función de la ilustración, se abundó en la vieja polémica de si las ilustraciones limitan la imaginación del lector, y se habló de la competencia entre ilustradores y escritores.



ALFONSO RUANO, EL CABALLO FANTÁSTICO, SM, 1985.

El segundo tema del Simposio consistió en analizar las relaciones entre texto e imagen y entre autor e ilustrador. Juan Farias, como autor, y Antonio Ventura, como editor y especialista en libros ilustrados, leyeron dos breves comunicaciones.

Especialmente polémica fue la de Juan Farias, ya que en ella el escritor defendió la incompatibilidad entre texto e ilustración, partiendo de la base de que, siendo ambas manifestaciones artísticas en sí mismas, que precisan de un receptor que las interprete personal y subjetivamente, cuando se ofrecen juntas no hacen más

que provocar interferencias en la recepción. De ella entresacamos los párrafos más significativos.

Dos formas distintas de expresión

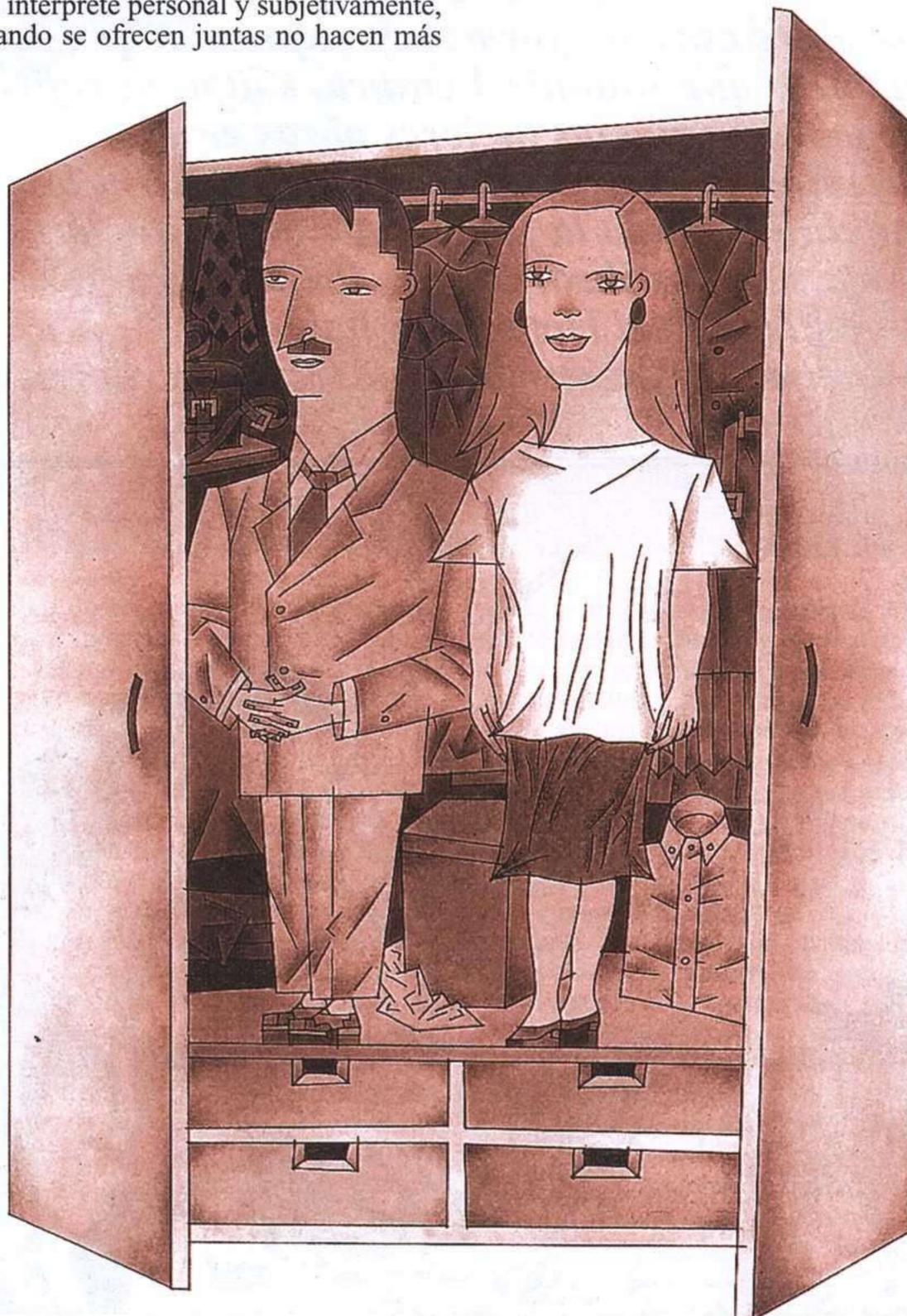
«Leer, contemplar, escuchar, son desencadenantes de emociones. Si veo un cuadro, escucho una sinfonía, leo un poema, y todo eso lo recibo sobre la piel

desnuda, si afecta a mi sensibilidad, si me siento herido, cautivado o indiferente, estaré dando sentido al arte y a la literatura. El artista, el escritor, si no es un ingenuo, sabe que no es él quien remata su trabajo, que lo terminan, de una forma distinta y única, cada uno de los que se acercan a un lienzo o a una novela o un poema».

«Ahora bien, la ilustración se produce después de la lectura subjetiva que hace el ilustrador del texto a ilustrar. Si el ilustrador es un artista de verdad, si sus dibujos surgen auténticamente de la interpretación creativa del texto (y no aquello de aquí dibujo un mosquetero, y aquí un burrito y un pino, etc.), eso es generar arte. Pero, así y todo, ilustrar siempre es una acción subordinada, está condicionada por un texto, y además, siempre reflejará una opinión personal, será una lectura distinta a la que pueda hacer cualquier otro lector. Por eso, para mí, la ilustración es muchas veces una interferencia entre yo y lo que estoy leyendo».

«Con ello no me refiero a un tipo de ilustración sustancial, aquella en la que dibujo y texto se complementan, cuando no se puede entender el uno sin el otro. El problema se presenta cuando la ilustración es creativa, producto del impacto emocional que el texto produce en un ilustrador magistral, como John Tenniel, Gustave Doré, y muchos de los que estáis aquí. Estos ilustradores son capaces de estropear la aventura de leer, porque inducen al lector a seguir caminos que no son los propios de cada lector. Pickwick, Pinocho, el capitán Nemo, Alicia, han quedado cautivos de su ilustración, y así, cualquier chaval que coja uno de estos libros verá condicionada su creatividad por esos dibujos absolutamente maravillosos. Yo creo que la imaginación debe estar en libertad, de forma que, al leer, cada uno pueda crear sus propias imágenes. Por ejemplo, *mi* Pickwick y *mi* Alicia no tienen nada que ver con las imágenes tuyas que veo en los libros».

«Ese es mi problema con la ilustración. Creo que dibujo y texto son dos formas distintas de expresión, que exigen lecturas distintas. Para mí la ilustración es arte puro y duro, cuando se crea con honestidad, no cuando se crea de oficio, rutinariamente, como se ve en tantos libros ilustrados. Pero su desencadenante



MIGUEL CALATAYUD, LIBRO DE LAS M'ALICIAS, SM, 1990.

es la lectura, y para mí, insisto, no creo que sean compatibles ilustración y texto».

A continuación, Antonio Ventura dio lectura a su comunicación:

«Se me piden unas palabras para este encuentro que traten de la relación entre los textos y las ilustraciones en los libros de literatura para niños. Dada la amplitud del tema y la brevedad del tiempo para exponerlo, he acotado el asunto, circunscribiéndolo a los grandes libros de imágenes o álbumes ilustrados. Por comodidad personal, y creo que también para aclaración del auditorio, tengo que decir que no hablo desde ninguna perspectiva didáctica, psicológica o pedagógica, que mis reflexiones no responden a más postulados que el resto de mis opiniones sobre el tema que nos ocupa, y que lo que manifiesto parte de las observaciones personales en mi trabajo, primero como docente y ahora como editor».

«En el ámbito de los grandes libros de imágenes he establecido dos clasificaciones que, no por evidentes, creo que se deban obviar. La primera sería: libros sólo de imágenes y libros con un texto más o menos breve. La segunda: libros escritos e ilustrados por dos personas diferentes y libros en los que el ilustrador escribe sus propios textos».

«Sobre el primer grupo de la primera clasificación, es decir, libros sin texto, realmente no habría nada que decir, pues mi comunicación trata de la relación entre texto e ilustración, y si éste no existe, parecería que esta clase de libros quedaría fuera del ámbito de mi comentario. Pero me parece que los límites no son tan nítidos. Puede ocurrir que nos encontremos con álbumes que en su edición española aparecen con un texto, tal es el caso de *Por qué*, de Nicolai Popov, editado en el Arca de Grijalbo-Mondadori, que en su edición original no existía. O bien el caso contrario: libros que inicialmente se publicaron con un breve texto como *El gato y el pez*, de Andre Dahan (Destino), y que en otras ediciones dicho texto ha desaparecido. No se trata de seguir enumerando ejemplos, creo que éstos son suficientes para poder afirmar que existe un tipo de libro ilustrado en el que el texto es claramente un pretexto, o lo que es lo mismo, el texto es un elemento prescindible y que la peripecia viene definida por las imá-



JESÚS GABÁN, CATERINA DE BINIMELLÀ, AURA COMUNICACIÓN, 1992.

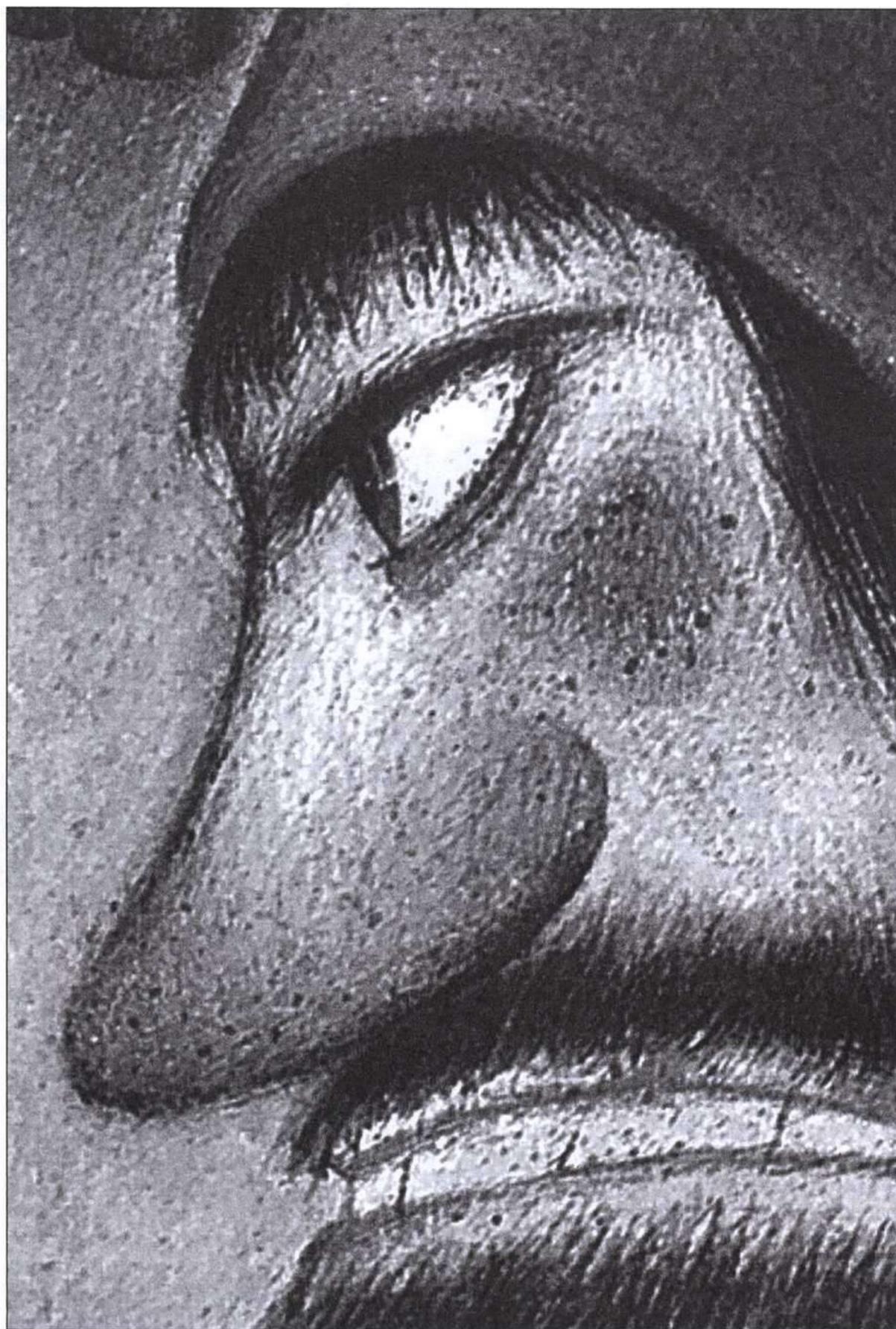
genes. En función de la complejidad de las mismas, estaremos ante un libro para primeros lectores o para lectores de todas las edades. En ambos casos no parece que tenga ningún sentido la inclusión de la palabra escrita. Son libros para ser leídos como propuesta plástica narrativa».

«La concepción de las imágenes, el tratamiento de las composiciones, la relación entre los elementos que las constituye, la complejidad y extensión de la historia, van a ser los elementos fundamentales que definan las características del libro y, consecuentemente, el colectivo de lectores al que el libro va dirigido. ¡Oh!, de Josse Goffin (MSV), o *El globito rojo*, de Iela Mari (Lumen), serían un ejemplo de libros sólo de imágenes para los más pequeños. *Había una vez un perro* de Monike Martin (Parramón), o *El viaje de Anno* de Mitsumasa Anno (Juventud), son una muestra de álbumes para lectores de todas las edades».

«Del mismo modo, encontramos álbumes en los que se hace necesaria la pre-

sencia del texto, tanto más cuanto más compleja sea la historia. Es en este grupo en el que realmente aparece la segunda clasificación que antes proponía: libros de un sólo o varios creadores. A mi juicio, es en los álbumes dibujados y escritos por la misma persona donde se encuentra una mejor relación entre el texto y la ilustración. Son libros en los que ambos elementos se complementan, dialogan entre sí, aparecen complicidades entre uno y otra, existen silencios pretendidos en el texto que la ilustración llena, la narración bascula de un elemento a otro, primando en ocasiones la imagen y en otros momentos la palabra escrita».

«No pretendo decir que esto no se produzca en libros en los que el ilustrador es alguien diferente al escritor, pero, a mi juicio, sucede de una manera más armónica cuando el ilustrador y el autor son uno. Ejemplo de ello es la obra de Maurice Sendak, Leo Lionni, Ralph Steadman, Janosch, John Burningham, David McKee, Tomie de Paola, Ungerer, Antho-



JAVIER SERRANO, EL TERRIBLE SAFRECH, AURA COMUNICACIÓN, 1992.

ny Browne, Chris van Allberg, Helmer Heinz o Tony Ross. Es en las obras de estos grandes ilustradores y de otros muchos que no he nombrado, donde encuentro no sólo bellas imágenes, sino también textos significativos, y una buena conjunción entre aquellos y éstos. Se habrá observado que en la relación anterior no aparecen ilustradores españoles, tampoco ilustradoras. La omisión es pre-

tendida. No es en este apartado donde yo encuentro lo más importante del trabajo de los artistas nacionales. La excepción la constituirían la serie de Munia, de Asun Balzola (Destino), *La luna de Juan* de Carme Solé (Hymosa), y algún álbum de Arcadio Lobato todavía no publicado en España.

«Es en los libros con escritor e ilustrador diferente, donde yo encuentro los

mejores trabajos, no sólo con una buena relación entre texto e ilustraciones, sino con textos que son valiosos en sí mismo e ilustraciones de calidad. Y es en este apartado donde aparecen la mayoría de los trabajos, excelentes en muchos casos, de los ilustradores españoles, pero también en abundantes ocasiones acompañando textos sin mayor interés. Para no cansar con una lista interminable, pero también con la intención de no dejar fuera a nadie de los, a mi juicio, fundamentales, citaré como ejemplos de una buena conjunción entre texto e ilustración, las siguientes obras: *El niño que tenía dos ojos*, de Ulises Wensell, sobre texto de Miguel Ángel Pacheco y García Sánchez (Altea); *Libro de las M' Alicia*, de Miguel Calatayud, con texto de Miquel Obiols (SM); *La pequeña Wu-Li*, de Gusti, con texto de Ricardo Alcántara (SM); *El caballo fantástico*, de Alfonso Ruano, con texto de Moisés Ruano (SM); *La niña calendulera*, de Tino Gatagán, con texto de Carlos Murciano (SM); *El temible Safrech*, de Javier Serrano (Aura Comunicación), y *Catalina de Beni.melà*, de Jesús Gabán (Aura Comunicación), ambos con texto de Ricardo Alcántara; y *Yo las quería*, de Carme Solé, con texto de María Martínez (Hymosa). Quedan fuera de esta relación los libros que no son álbumes, y también aquellos álbumes que ofrecen un hermoso texto y unas bellas ilustraciones, pero que no son libros infantiles».

«Evidentemente, no están todos los que son, pero sí son todos los que están. Cabría completar esta relación con otra similar, probablemente más extensa, con autores e ilustradores extranjeros, pero pienso que no viene al caso. Considero que éstos son suficientes ejemplos de lo que entiendo por relación adecuada entre ilustraciones y texto en el ámbito de los grandes libros de imágenes. Un género que no goza lamentablemente de muy buena salud en España, pero que, a pesar de ello, ha ofrecido en los últimos años muestras de trabajos de gran calidad, gracias a la labor de algunas editoriales como Lóguez, Kókinos o La Galería, algunos de ellos buena muestra de aquello que decía Sendak al referirse a las funciones de la ilustración: *La ilustración puede ser una expansión del texto (...), es la versión del texto hecha por*

el ilustrador, su propia interpretación. Es la razón por la cual uno es socio activo en el libro y no un mero eco del autor».

Limitar la imaginación del lector

La lectura de las comunicaciones de Juan Farias y Antonio Ventura dio lugar a un apasionado debate en el que se pusieron de manifiesto los diferentes puntos de vista de autores, ilustradores, editores, libreros y especialistas, sobre la importancia y la función de la ilustración en los libros para niños, sobre la ya vieja polémica de si las ilustraciones limitan la imaginación del lector, y sobre las posibles interferencias que las ilustraciones provocan entre el texto escrito y el lector.

De nuevo intervinieron en las discusiones los ilustradores Miguelanxo Prado, Gusti, Arnal Ballester y Miguel Calatayud, junto a la librería Ana Escarabajal, los editores Xavier Blanch y Jesús Ballaz, los especialistas en LIJ, Teresa Duran y Javier García Sobrino, y la coordinadora de programas de la Fundación Germán Sánchez Ruipérez en Salamanca, Raquel López.

Miguelanxo Prado

Quiero empezar con un comentario a lo dicho por Farias, que es en apariencia contradictorio. Diría que estoy completamente de acuerdo con él. Creo que, tal como él lo describe, el texto y las ilustraciones se estorban mutuamente. Pero también creo que Juan Farias es un tramposo porque está utilizando un esquema expositivo que nos induce al engaño, como si fuera un juego de prestidigitación. Imaginemos lo que él dice con otro ejemplo: con una canción. Una canción es un texto más una música y, por tanto, el autor del texto podría decir que la música estorba al texto, porque el texto musicado ya no es el texto tal como él lo había concebido, y que el autor de la música induce a interpretar y a sentir ese texto de una forma determinada. ¿Dónde está la trampa? En que una canción es, justamente, la conjunción de esa letra y esa música, que no tienen el mismo valor por separado, es decir, sólo pueden ser escuchadas conjuntamente. Entonces, si se las separa, se podrá hacer un análisis y decir, por

ejemplo, esta canción tiene una letra muy buena, pero la música es penosa. Pero el análisis veraz lo tienes que hacer que hacer del conjunto de las dos cosas.

Entonces, ¿en qué estoy de acuerdo con Farias? En que, normalmente, los trabajos que hacemos los ilustradores consisten en «poner imágenes» un texto que ha escrito un señor (y entonces es fácil que texto e imágenes se estorben), y ahí está el fallo, porque un libro ilustrado no debería ser eso. Un libro ilustrado tendría que ser un texto creado con la idea ya muy clara de que va a tener unas imágenes con las que debe convivir. Lo que pasa es que muy rara vez (es la impresión

que yo tengo, porque no soy un experto) se plantean así las cosas. Es decir, que escritor e ilustrador se sienten juntos para crear un ente único, que va a estar compuesto por un texto y unos dibujos que no podrán ser concebidos ya por separado.

Aparte de esto, y respecto a la limitación de la imaginación que suponen las imágenes, creo que también aquí, Farias nos quiere enredar con otro truco de prestidigitación. Él mismo, como autor de un texto, le está poniendo límites al lector cuando dice: «fulanito es un niño pelirrojo», o «el pueblo estaba al pie de los acantilados». Entonces, si admitimos que el escritor pueda poner coto a la imaginación del lector dándole determinadas pautas, ¿por qué no se puede aceptar que el ilustrador dibuje a ese niño pelirrojo o a esos acantilados de una forma determinada? Lo que ocurre es que él ha escrito sobre esos acantilados sin pensar en ningún momento que tendrían que ser dibujados, y por eso, creo yo, siente esa sensación de usurpación. Todo eso desaparecería si planteásemos el libro ilustrado como un proyecto bien definido desde el principio, y no como el fruto azaroso de una convivencia que, la mayoría de las veces, depende únicamente de una decisión editorial más o menos acertada.

Ana Escarabajal

Quiero aclarar que soy librería y, por tanto, no soy especialista en este tema. Pero, partiendo de que estamos hablando de una ilustra-



TINO GATAGÁN, LA NIÑA CALENDUIRA, SM, 1989.



CARME SOLÉ VENDRELL, YO LAS QUERÍA, DESTINO, 1984.

ción de calidad, de esa ilustración que, como ha dicho Juan Farias, surge de la emoción, y teniendo en cuenta que la imaginación del lector viene dada por la memoria de la experiencia que el lector ha ido acumulando, bienvenida sea esa interferencia. Además, pensando en los modelos estéticos que tienen los niños en este momento, con los que ya hemos dicho que ninguno estamos de acuerdo, creo que si esa interferencia va a influir en esos modelos, bienvenida sea.

Gusti

Se ha dicho que un libro ilustrado empieza siempre con un texto, y tengo que decir que no siempre es así. A veces las historias comienzan a partir de un dibujo que el ilustrador le presenta al escritor para que haga un cuento. Lo que puede ocurrir es que el cuento que sale de ahí no responda a la idea que el ilustrador tenía de ese personaje, que el autor haya escrito *otra* historia que no es la que el ilustrador se imaginaba, y entonces, pues bueno, no se hace. Tampoco hay que ponerse muy puntillosos con este tema.

Por otra parte, quisiera hacer un comentario sobre lo que es la colaboración entre un escritor y un ilustrador. Yo creo que el autor de un texto que va a ser ilustrado, ya es consciente de ello, y cuando escribe deja algún espacio para el ilustrador. En mi experiencia personal, he sentido que en los textos hay espacio para la ilustración. Trabajo mucho con Ricardo Alcántara y con sus textos suele sucederme que encuentro fácilmente la lectura en imágenes. Luego puede ocu-

rrir que donde él se imaginaba, por ejemplo, la ciudad de Barcelona, yo le dibuje Nueva York... Pero, bueno, lo discutimos y creo que eso es muy enriquecedor.

Javier García Sobrino

En relación a lo que plantea Miguelanxo Prado, es verdad que la situación óptima sería aquella en la que el autor y el ilustrador se pudiesen sentar a una mesa y que el libro creciera de la mano de los dos. Pero, a partir de su ejemplo de la canción, también encontramos cantantes que han musicado a poetas conocidos y el resultado ha sido bueno. Así que no creo que esa situación óptima de trabajo conjunto autor-ilustrador sea imprescindible.

Por otra parte, no creo que esa *lectura* del texto que hace el ilustrador, y que se ofrece después al lector en un libro ilustrado, sea una interferencia entre el texto y el lector, a no ser que el lector tenga una trastienda estética muy pobre. Como antes decía Ana Escarabajal, con las referencias estéticas que tienen la mayoría de los niños, bienvenidas sean estas ilustraciones. Además, yo creo que, en la medida que los mensajes plásticos, estéticos, sean diversos, el lector de libros ilustrados irá creándose una trastienda literaria y plástica que aumentará su capacidad de análisis y de crítica. Por eso nunca será una interferencia.

Y añado una pregunta: ¿cómo vivís los ilustradores la situación de enfrentarnos a un texto plano, muchas veces didáctico, o eso que ahora se llama, de contenidos transversales? Porque vosotros, y otros ilustradores ausentes, sois los que

ilustráis la mayoría de los libros infantiles que se publican en este país y, a mi juicio, la mayoría de esos libros son absolutas bobadas.

¿Pactar o rivalizar?

Arnal Ballester

Creo que, en la actualidad, tal como está conformada la producción de libros ilustrados, tanto el ilustrador como el escritor tienen que estar dispuestos a pactar. Aquí se ha dicho que las condiciones ideales para hacer un libro ilustrado serían aquellas en las que, o bien hay un producto hecho por una sola persona, o bien por dos personas que están muy identificadas. En mi opinión, eso puede parecer muy ideal, pero esas no son las condiciones normales de producción de los libros.

Y en este punto, voy a unir dos cosas: creo que es cierto que, en la mayoría de los casos, texto e ilustración se estorban. Pero se estorban, justamente (y aquí contesto a la pregunta de cómo vivimos los ilustradores la tortura de ilustrar un texto plano, etc.), por el tipo de libros con los que trabajamos. Siempre he dicho que prefiero los textos planos, porque me dejan una libertad enorme, ya que parto de una cierta identificación gráfica con elementos que se dan en el texto, y a partir de ahí narro mi propia historia sobre el asunto. Es decir, no necesariamente la producción comercial de determinados libros supone una limitación a mi capacidad creadora. Aunque, a veces sí. Son

tan *muermos* los textos a ilustrar, que me duermo y entonces es imposible...

Sin embargo, creo que, entre esa situación real que nos obliga a matrimonios de conveniencia, y la situación ideal que daría lugar a libros perfecta y conscientemente hechos, hay todo un abanico de situaciones que no debemos olvidar. En este sentido, tenemos que abrir el espacio hacia fórmulas que no se están probando suficientemente, y tenemos que convencer a quien sea para que se prueben, se experimenten y se utilicen. Esto es lo importante. Por ejemplo, reivindicó el hecho de que, de una vez por todas, las editoriales se dediquen a producir libros en los que la narración esté expresada exclusivamente a través de las imágenes. Es un experiencia que en nuestro país no se ha generalizado, pues constituye una ínfima minoría dentro de la producción, y así, tal vez, podríamos hablar de la verdadera capacidad expresiva de nuestros trabajos.

Al margen de ello, también percibo en algunos casos una opinión muy negativa respecto a lo que podría ser el trabajo del ilustrador por encargo. Y en esto no soy tan purista. Parto de la base de que, prácticamente, toda creación ha sido por encargo, y que el encargo tiene una serie de limitaciones indudables, pero no es un obstáculo absoluto a la creatividad (hay muchos *churros* creados en condiciones de libertad). Pienso que tenemos que plantearnos nuestra profesión, o nuestra actividad, o nuestro arte, en relación a las cosas tal como se están produciendo realmente, y entonces juzgar el valor de las imágenes en función de lo que ellas aportan, intrínsecamente, a este proceso.

Xavier Blanch

Quiero empezar diciendo, para que no se mal interprete lo que expresaré a continuación, que para mí la ilustración es un arte con mayúsculas. A partir de ahí, en la mayoría de los casos, al menos desde mi experiencia como editor, el trabajo de ilustración va a remolque de un texto. Es una constatación. Lo cual hace pensar que hay aquí un punto importante para diferenciar la ilustración de otras artes, como las pictóricas, que son más autónomas.

Con respecto a ese trabajo ideal, en pareja, entre autor e ilustrador que crean

una obra partiendo de cero, a mí me resulta difícil pensar que se pueda dar. Porque incluso cuando llega a la editorial un tándem de creadores, en muchos casos no significa que hayan trabajado desde cero y permanentemente juntos, sino que uno ha completado o ha narrado el trabajo del otro. Y ahí daría la razón a Arnal Ballester en que los ilustradores son otros narradores. Son narradores de un narrador cuando ilustran un texto que ya está escrito y, en este sentido, también tendría razón Juan Fariás: hay un filtro, una interpretación de por medio entre escritor y lector.

Desde mi punto de vista, a nosotros los editores nos incomoda bastante que el trabajo nos llegue acabado. Normalmente encargamos las ilustraciones sobre un texto determinado, pero cuando viene un tándem con un trabajo, te obliga a todo o nada. Y es bastante difícil coincidir siempre, porque uno también tiene su criterio, se ha hecho su interpretación, y puede que le guste sólo una parte de la obra, el texto o la ilustración, pero no necesariamente las dos cosas. Y entonces eso te obliga bien a provocar el divorcio, que es difícil, o bien a rechazar todo, que tampoco es fácil.

Por otra parte, y sin ánimo de crear más controversia, he de decir que desde mi trabajo constato que a menudo hay una cierta rivalidad, a pesar de las buenas intenciones, entre el colectivo de ilustradores y el de escritores. Y eso se detecta claramente cuando se habla de distribuir derechos de autor. Cuando hablas con los ilustradores te dicen que se valora mejor a los escritores, y al revés. Y no siempre, por supuesto, repartir los derechos al 50% es una solución salomónica buena.

Jesús Ballaz

A mí me gustaría enlazar con algo de lo que ya se ha hablado, que me parece muy importante. Creo que la ilustración tiene que ver con un tipo de transmisión cultural a la que no damos mucha importancia, y que muchas veces dejamos de lado, que es la transmisión de la sabiduría humana, la transmisión de los universos simbólicos, que todos los humanos necesitamos para aprender a pensar, a dar valor a las cosas, a adquirir pautas morales. En este sentido, pienso que en este mundo de cultura visual en que vivimos, las ilustraciones, unas buenas

macamat gràcies jarejef
merci terimah kasi
arama tatenda bantiox
obrigado
Gracias
Thank you jarejef
terimah kasi eskerrik asko
tatenda jaarama obrigade



... a todos los que
hacen posible que
el mundo cambie

Gracias
por colaborar con nosotros

Manos Unidas

Comité Ejecutivo:
Barquillo, 38-3º. 28004 Madrid.
Tel.: 308 20 20. Fax: 308 42 08

ilustraciones cargadas de emoción y que refuercen el texto, cumplen una función de transmisión de universos simbólicos, y también emocionales, que es muy importante.

Teresa Duran

Quiero contestar a lo que ha dicho Xavier Blanch. Creo que una de las tendencias de la producción editorial de este país es el trabajo a corto plazo. He tenido oportunidad de trabajar en proyectos extranjeros, y se trabaja más a largo plazo, con lo que hay tiempo para un intercambio entre todos los profesionales —editor, autor, ilustrador, maquettista— que trabajan en el proyecto y, por tanto, hay tiempo para perfeccionarlo. Aquí no ocurre así, y yo creo que eso lastra la profesionalidad.

También quiero poner el acento en la importancia de la ilustración aplicada. Se ha hablado mucho de la imaginación del ilustrador, de su creatividad, y también de que el ilustrador se esclaviza, se comercializa si se dice «dibuja un pino». No encuentro tan mal ni tan nocivo el trabajo de cronista del ilustrador, es más, puedo agradecerlo mucho. He visto ciertos plumajes de los incas, ciertos collares de los egipcios y muchas otras cosas, gracias a que un ilustrador se ha esclavi-

zado para mostrármelas a mí. Es cierto que el ilustrador puede tener una narrativa creativa, pero es cierto también que, de la misma manera que yo puedo escribir un artículo, también puedo escribir un cuento, y el ilustrador ha de tener la misma elasticidad profesional. Puede añadir ingredientes documentales a la ilustración, ingredientes imaginativos, ingredientes de investigación del propio recurso de la imagen, técnicas variadas, etc. Creo que hay una elasticidad profesional que no pone un trabajo por encima de la categoría de otro.

Raquel López

Hablo como receptora de libros ilustrados y, desde esa perspectiva, creo que la buena ilustración no limita, sino todo lo contrario, permite prolongar las posibilidades de la imaginación, facilita que imaginemos cosas a partir de las imágenes que estamos viendo.

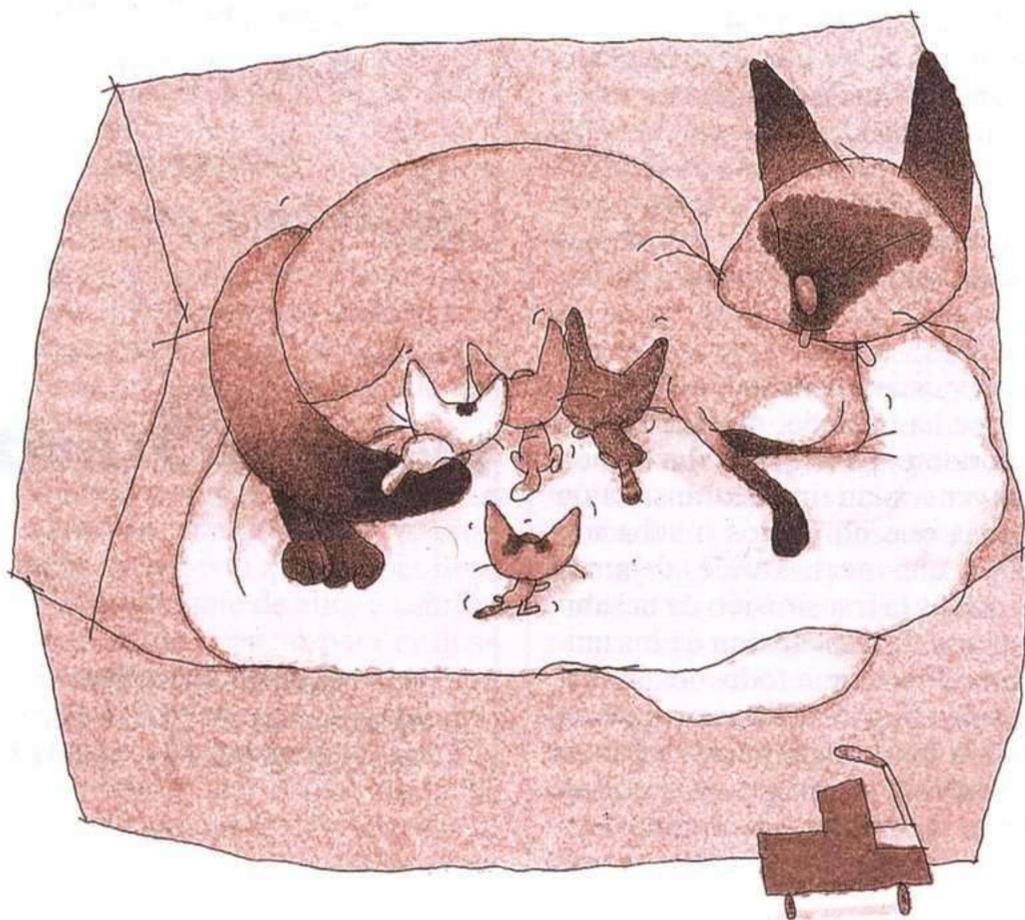
Y respecto a esa capacidad del ilustrador para crear una imagen tan fuerte que limite la imaginación del receptor, tampoco estoy de acuerdo. Excepto las imágenes que tienen esa fuerza arrolladora gracias a medios como la televisión, o a fenómenos como el de Walt Disney, creo que los niños son capaces de recoger todo tipo de imágenes, de acumular imá-

genes distintas y de ver en un mar, en un monstruo o en un paisaje determinados, una posibilidad como otra cualquiera. Por eso yo creo que la imagen, la ilustración, te deja imaginar, te permite imaginar.

Miguel Calatayud

Voy a contestar a algo que ha dicho Xavier Blanch sobre esa «historia sin resolver» que hay entre escritores e ilustradores. Y es que, efectivamente, siempre hubo y hay una especie de competencia, no de rivalidad, entre nosotros. Una historia, un *western* pendiente, un duelo en OK Corral sin resolver, en el que, históricamente, el ilustrador siempre ha llevado las de perder. Yo mismo he pasado por experiencias de auténtica vergüenza profesional, y nunca me he sentido apoyado por el autor literario. ¿Por qué? Porque los derechos que se pagan siempre han sido «de autor», y con la entrada del ilustrador (que está costando mucho que se reconozca también como autor), el editor hace porcentajes y reparte. Es lógico que los escritores se sientan perjudicados o se nieguen a ese reparto. Y es lógico que los ilustradores sintamos un tanto despreciados a nivel profesional y artístico.

Esto ocurre hoy todavía. Y se aprecia más claramente en ese tipo de libros que llevan poca ilustración, en los que parece que se trata de «aportar unos dibujitos», sin más, y que si te descuidas, no cobras. Existen la propiedad intelectual y los derechos de autor, que son irrenunciables. Y me da igual que sean uno o diez dibujos, en blanco y negro o en color. Eso es irrenunciable. Y resulta que hay colectivos en nuestra profesión que funcionan como asociación de ilustradores, y que permiten que esto no se reconozca. Creo que hasta que una asociación de ilustradores no contemple y proteja esto (bueno, no sé si es facultad de una asociación), la situación seguirá siendo absurda. Hice un libro en estas condiciones hace años, y creo que en este momento hay un montón de colegas que están trabajando así. Y perdonadme que haya hablado tan claro, pero es que siempre nos vamos por las cuestiones estéticas y artísticas, y opino que esto también es importante. Porque, insisto, pienso que el tema ilustración se trata con desprecio. ■



GUSTI LA PEQUEÑA WULU, SM, 1991.